

# Bitácora de las olas del Avila

---

## DOCUMENTOS

### testimonio

La naturaleza ya había comenzado a dar avisos. El día 3 de diciembre en el barrio La Línea, muy cerca del hospital, se derrumbaron dos casitas, una de ellas con tres niños dentro; a las 8 p.m. su madre, desesperada, buscaba en el hospital a su hijo de un mes de nacido; afortunadamente, una vecina había rescatado al niño en buenas condiciones. Esa misma noche se inundaron algunos lugares del hospital, debido a los fuertes aguaceros que caían parejos y constantes. Llovía todos los días y noches. Sabíamos que la gente estaba pasando toda clase de necesidades. Se percibía mucha tensión en el ambiente: la gente, preocupada, y como característica propia del güaireño, agresiva. Los días eran lluviosos y oscuros. En el hospital fueron faltando los empleados debido a los derrumbes en las vías de comunicación y a las inundaciones en sus casas. Muchas personas acudían a toda hora a la comunidad para pedir ropa y comida. Seguían los comentarios de las personas sobre los ranchos que a cada rato se caían. El lunes 6 de diciembre se le dio sepultura a una niña de once años que había sido atrapada y asfixiada al caerle encima una pared de su casa. Todos esos días del 8 al 14 fueron de lluvia, de derrumbes, de ausencia del personal en el hospital: algunos médicos ya habían sufrido las consecuencias de las inundaciones en la autopista y avenida Soubllette, (catorce de ellos se quedaron atrapados por los escombros y el sucio que arrastraba el agua en plena autopista, dañando incluso algunos vehículos). El día 15 fue un día oscuro, de neblina, lluvia muy fuerte; debido al referendo y a la ausencia del personal, en el hospital hubo poca actividad trabajando solamente los servicios

de emergencia, laboratorio y radiología. La gente estaba muy preocupada, pero no sabían qué hacer. La desorientación fue completa y total. En Catia la Mar se había reportado el derrumbe de cuatro viviendas. Una de las empleadas avisó que no podía asistir al hospital a trabajar porque se encontraba ayudando a las personas que habían quedado sin vivienda y a una señora que de la impresión tuvo un infarto y falleció. En la comunidad sentíamos temor y un poco de susto, tanto que algunas de las hermanas referían que no querían quedarse dormidas. Salimos a la terraza del hospital siendo como las 10:00 p.m., y en un momento que la lluvia se hizo menos intensa se destaparon los albañales que se hacían insuficientes para drenar el agua que caía. A las 11,30 p.m. se comenzó a sentir un ruido estrepitoso con un eco que se hacía espantoso y cuya ubicación era muy difícil de identificar. Sabíamos que algo horrible estaba ocurriendo. Hubo un estruendo inmenso y en ese momento nos quedamos sin luz. Luego nos enteramos que el río Piedra Azul de Maiquetía arrastró la planta eléctrica de la zona. Entre las 11:30 y las 12:00 de la noche comenzamos a oír los gritos de las personas que corrían por las calles huyendo de la furia del río al tiempo que trataban de quitarle al río sus seres queridos, por una corriente que era mezcla de agua, arcilla, arena, tierra, piedra, árboles, casas, personas, animales, vehículos, todo tipo de escombros, de una altura de más o menos ocho a quince metros y a una velocidad de aproximadamente unos cien kilómetros por hora. Percibimos y sentimos la destrucción y la muerte muy cerca de nosotras, nos comunicamos con la Madre Cecilia que nos animó a ponernos en las Manos de la Providencia, a orar con mucha insistencia y a seguir las indicaciones que dieran las autoridades. Unos minutos después quedamos completamente incomunicadas: ya no teníamos línea telefónica. El hospital permanecía completamente intacto, como si hubiese sido protegido por un impermeable, y las cataratas de agua que se habían adueñado de las calles por todos los ángulos del edificio, ni siquiera tocaban las puertas, dando la impresión de un corte violento del agua cuando ésta se acercaba a las aceras que dan con las paredes del hospital. Nos encontrábamos muy cerca de la muerte, pero sentimos la vida y nos dedicamos a servir. Desde ese momento comenzamos a recibir en el hospital todo tipo de personas procedentes de los barrios La Línea, Cervecería, El Calvario, La Veguita, Piedra Azul, Quenepe, Navarrete, Sorocaima, Rincón de Maiquetía, El Puerto, Las Perlas, Periférico, La Veguita de Macuto y sectores de La Guaira que llegaban reflejando en sus rostros desesperación, miedo, dolor, sufrimiento, confusión, desamparo, impotencia, llanto. Desnudos, algunos llegaron con la piel blanda porque llevaban alrededor de catorce a dieciséis horas recibiendo lluvia y tierra. Ellos no podían creer lo que estaban viendo: sus viviendas derrumbadas, bienes destrozados, sus familiares unos atrapados y tapiados, otros arrastrados por la corriente que se los ocultó de la vista. La lluvia se hacía cada vez más intensa, la noche más oscura y la madrugada tan eterna, que pensábamos que nunca más íbamos a ver la luz del día. Esta vez, el agua no sólo venía de las nubes, sino que la tierra se abría y brotaba agua en donde menos se esperaba. Era una situación indescriptible, nunca vista, y no hay palabras que la de-

finan. En nuestra vida jamás habíamos deseado tanto que una madrugada pasara rápido, y sin embargo se hacían eternas.

Llega de día 16 con las mismas condiciones del día anterior: oscuro, lluvia intensa, tierra por todos los lugares, con la diferencia que estaba empapado de dolor, de terror, de muerte y destrucción en todos los sentidos. Con la luz del día comenzaron a llegar también al hospital numerosas familias y personas, que por la Misericordia Divina habían podido sobrevivir perdiendo todas sus pertenencias, pero salvando lo más sagrado: la vida y sus seres queridos. El hospital se nos hacía pequeño y nosotras, muy pocas para tantas y tantas familias y personas que buscaban en la comunidad consuelo, ayuda, alivio, tranquilidad, protección, seguridad, algo de comer, ropa para vestirse, un lugar para descansar y recuperarse del letargo al que los había inducido el incomprendible desastre, y sobre todo, buscaban a alguien que luchara por ellos y los representara porque en cuestión de horas (una noche, la más oscura en la vida de los habitantes del Estado Vargas), se habían quedado en el desamparo más horrendo al que puede someterse un ser humano. Nosotras también nos sentíamos muy asustadas, solas, nerviosas, (la noche del día 15 había sido muy dura y desesperante, la incomunicación era completa y total, no teníamos encima un aluvión de agua y tierra, sino un aluvión de personas que nos parecía casi imposible llevar semejante carga). El hospital no contaba con los servicios básicos: en hospitalización teníamos 19 pacientes que estaban recibiendo tratamiento, en el geriátrico 30 ancianitos, (algunas hermanas estaban desde hacía una semana solas en los servicios por la ausencia del personal), comenzaron a traer heridos y personas tapiadas completamente, llenas de barro que corrieron con la buena suerte de ser rescatados el mismo día jueves. Los tuvimos que lavar con la misma agua de la lluvia. También nosotras nos sentíamos desprotegidas y atrapadas; pero ¿qué hacer? Y esto ¿a dónde nos llevará? ¿cómo enfrentarnos a tanta improvisación? ¿cómo vivir esta situación que se nos ha presentando? Estábamos completamente seguras de que Dios iba delante de nosotras marcándonos el camino a seguir. Desde el mismo momento en que comenzó la tragedia, habíamos encomendado nuestra vida y nuestras almas a la Providencia. La confianza en Dios fue total. Con lágrimas y angustia nos acercábamos a las tumbas de nuestros Fundadores, el Padre Machado y la Madre Emilia, llamándolos para que nos acompañaran y guiaran en lo que teníamos que hacer, ya que la presencia de los Fundadores significaba para la comunidad protección, compañía, consuelo y fortaleza. Ahora, ¿de qué medios nos serviríamos para salir adelante? ¿Dios mío, qué quieres de nosotras y del Hospital?

Sin escatimar ningún tipo de sacrificio, y sacando fuerzas que venían de la oración, nos dimos a la tarea de satisfacer en lo posible las necesidades presentadas por la gente comenzando por las básicas: comida, vestido, descanso y seguridad física. La seguridad física la ofrecía el edificio. Pero ¿de dónde sacar tanta comida, ropa, y algo para quitar el frío del suelo?. Este día jueves compartimos con ellos la reserva de comida con que contábamos: se les repartió avena, galletas, sopa. Por la no-

che cocinamos las hallacas que habíamos hecho para la navidad, repartiendo 1. 200 platos para los adultos, 400 para los niños y aproximadamente unos 200 teteros. Sin tomar en cuenta la fuerte lluvia que caía y el agua que corría por las calles, las hermanas nos trasladamos hasta donde se encontraban los bomberos y militares para solicitarles agua potable, comida, ropa, colchonetas y asistencia de Defensa Civil o de los militares mismos. Después de porfiar bastante, logramos que los militares visitaran el hospital, quedando fuertemente impresionados por la cantidad de personas que estaban allí y nosotras solas al frente de esta situación. A las 10:00 de la noche comenzó a llegar comida por parte de los bomberos y militares, agua, ropa, medicinas y colchonetas. Después de repartir la comida, alumbrándonos con linternas, nos dedicamos a vestir a la gente y a acostar en colchonetas a los niños que se encontraban desnudos durmiendo en el puro suelo. El hospital estaba completamente lleno -cuartos, salas y los pasillos- desde la entrada principal hasta el final en todos los pisos.

Amaneció el día viernes 17. Llovía menos, la gente confundida y desorientada subía y bajaba por las calles sin saber a dónde ir: buscaban comida. Ese día recibimos la visita de la Madre Cecilia y la Hna. Rosalía Cordero.

Trasladaron a Caracas a las hermanas enfermas y ancianas, y a la vez aprovechamos para pedirle a la Madre más hermanas que nos ayudaran y acompañaran. Pasó el día y por la tarde, hacia las 6:00 pm, comenzaron a llegar al hospital personas con artículos y artefactos eléctricos saqueados al igual que licores, comenzando a tomar en uno de los pisos en donde se estaba formando un poco de desorden. Esto fue muy difícil para la comunidad. Sabíamos que los damnificados se sentían atendidos, en confianza, tranquilos, los niños estaban felices. Entre ellos se encontraban todo tipo de personas: ricos, pobres, sabios, ignorantes, buenos, malos, blancos, negros, sacerdotes, malandrines y por esto se nos presentaba una situación muy difícil de manejar. Por un lado, si nos callábamos perdíamos el control de la situación y nos hacíamos cómplices de los brotes de saqueo que estaban destruyendo lo que el río había dejado bueno; por otra parte, esta gente a dónde iban a acudir, ¿por qué hacían esto?. Para nosotras comenzó en ese momento una agonía causada por la amenaza y el peligro de que los mismos damnificados saquearan el hospital. Estábamos muy nerviosas y temerosas. Fue una noche tan oscura y difícil como las noches del 15 y 16. Amaneció el sábado 18. Un día que todas las hermanas lo catalogamos como infernal, por el odio y la violencia que lo caracterizaron. Los militares se presentaron en el hospital dando las órdenes a los damnificados de trasladarse al comando No.58 para ser evacuados y los niños vacunados. Esto provocó en algunos de los refugiados, debido a la misma obstinación y confusión que estaban viviendo una actitud de agresividad contra las hermanas, ya que lo interpretaron como si se les estuviera sacando del hospital. La situación fue controlada por los mismos militares. Aumentaban las olas de saqueo y de enfrentamientos entre los bandos de los barrios que se mataban entre sí, violaciones y destrucción en todo sentido. Esto fue otra tragedia, quizás mucho más grave que la estábamos viviendo. Algunas hermanas fuimos testigos oculares de cómo saquearon y destruyeron los

automercados cerca del hospital y de los muertos por arma blanca y de fuego que no eran los militares. Este impacto provocó en todas las hermanas un dolor mucho más fuerte del que teníamos, y a la vez un desaliento, aunado al agotamiento y al cansancio que puede producir pasar tres días y tres noches sin dormir, a medio comer y trabajando muy duro. Nuevamente nos planteamos ¿a quién acudir?. Habíamos recibido de todo; menos la ayuda humana que nos acompañara y nos supliera a nosotras en el control y servicio que estábamos dando en ese momento y que era a toda hora y en todo momento. No podíamos más. Decidimos acudir a los medios de comunicación social a ver si alguien nos escuchaba. En la tarde recibimos la valiosa visita de algunos médicos y la inolvidable ayuda del Dr. Carlos González que se dedicó a pensar a los enfermos y heridos para buscar la manera de trasladarlos a Caracas, y solicitó al comando de la Guardia Nacional protección militar para el hospital. También llegó la ayuda del Padre Hilario Rodríguez: cien bolsas de comida con víveres y enlatados. Teníamos de todo, pero necesitábamos urgentemente hermanas y protección militar. En la noche llegó un batallón de la Armada que restableció el orden en el hospital y por lo menos sentimos un poco de seguridad. Ya dormimos más tranquilas. Amaneció el domingo, día 19. El hospital estaba inmundo, sucio, hediendo y lleno de damnificados. Cada hermana se incorporó a su trabajo reflejando en su rostro dolor, cansancio, y con la esperanza de que tal vez este día llegarán hermanas a ayudarnos. A media mañana llegaron hermanas de diferentes casas de Caracas, algunas de ellas venían preparadas para quedarse. Al verlas rompimos a llorar. Era lo que más deseábamos. Hermanas que nos acompañaran y ayudaran. Ellas tomaron el rumbo del hospital y nosotras subimos a Caracas a bañarnos y a lavar la ropa, tanto la nuestra como de los ancianos. Con la ayuda de voluntarios se comenzaron a trasladar damnificados hacia los centros de acopio en Caracas. Regresamos a Maiquetía por la noche. Vale hacer un paréntesis para destacar la valiente labor de Juan José, el chofer del Asilo de la Providencia, que no escatimó esfuerzo alguno ni temió a ningún peligro para bajar y subir a Caracas llevando hermanas, enfermos, heridos, comida, ropa y muchas cosas más. Llegó el día lunes. Ese día se trasladaron bastantes damnificados a los centros de acopio. Llegó la ayuda de la Conferencia Episcopal Venezolana junto con la visita de algunos obispos. En el hospital fueron quedando aquellas personas que no habían perdido la vivienda, pero les había quedado llena de lodo. Salían por la mañana y regresaban en la noche. La inseguridad se agudizaba. Según los vecinos, dentro teníamos bandas muy peligrosas de los diferentes barrios que en cualquier momento podían saquear el hospital. Algunas personas nos alertaron. Por todos los medios se buscó protección militar, obteniendo respuesta el martes cuando un batallón de Inteligencia Militar tomó el hospital. Los damnificados permanecieron en el hospital hasta el 28 de diciembre cuando se retiraron las últimas familias de los Barrios el Rincón, Quenepe y otros.

Las familias que se alojaron allí se mostraron muy agradecidas, habían encontrado en el hospital la salvación de sus vidas y el cariño, el consuelo y la solidaridad de la comunidad.



*¿Qué significó esta experiencia para la comunidad?*

Fue una oportunidad de ser verdaderamente Hermanitas de los Pobres, de identificarnos plenamente con la misión, dejada por el Padre Machado y la Madre Emilia; de poder enjugar lágrimas, aliviar dolores, detener sangre y hacer menos amargos los días de desgracia que envolvían a los habitantes de todo el Litoral. Sufrimos como los pobres, dimos todo lo que teníamos sin esperar ningún tipo de recompensa y exponiendo nuestras vidas a todo tipo de peligro. La opción por los pobres ya no nos dice nada. Por es una preposición que nos recuerda las aulas del CER, que en aquel entonces aumentaba la ilusión de seguir a Jesús optando por los pobres. En este momento nuestra experiencia es con y como: Estamos con los pobres y pasamos todo tipo de dolor y necesidad como ellos. Ésta es nuestra opción.

A un mes de la tragedia nuestro corazón se vuelve cada vez más agradecido hacia la bondad y amor de Dios Padre; porque todavía no encontramos explicación sobre cómo pudimos salir adelante en medio de tanta monstruosidad y haciendo las cosas bien. Todo fue muy duro; pero Dios no faltó. En este momento, y con la ayuda de empresas privadas, hemos dotado nuevamente el hospital y hoy está dando servicios de salud a todo el que lo necesite, ya que fue el único centro de salud que quedó ileso en todas las instalaciones. En cuanto al personal del hospital, los más afectados son los médicos: 36 de ellos perdieron vivienda, vehículos, consultorios, equi-

pos médicos, clínica y muchos bienes más; un médico internista desaparecido: hombre excelente como persona y como profesional; 16 empleados, entre enfermeras, camareras, secretarías y obreros, están completamente damnificados.

Hoy 5 de Febrero, cuando los religiosos celebran el jubileo de la vida consagrada y hablan del acompañamiento a los damnificados, nuestra comunidad reúne a todo el personal del hospital para un reencuentro y convivencia que marca la pauta de la recuperación y reconstrucción, tan necesarias tanto en la vida de cada uno, como del pueblo en general.

En este momento más que nunca en un *Todo por Jesús* ratificamos nuestra entrega a esta tierra llena de escombros y dolor. Donde los escombros humanos necesitan de vida y dignidad y de alguien que se sienta tan escombros como ellos engrosando las filas de basura compuestas por personas que cada día son más y más damnificados.

Pedimos a Dios Padre y a nuestros Fundadores que nunca nos abandonen.

*Comunidad de Hermanitas de los Pobres del Hospital San José de Maiquetía.*

La Guaira, Febrero de 2.000



Fundación  
Escuela de Gerencia Social  
Ministerio de Planificación y Desarrollo

Dirección de Docencia  
Programación Abierta

**PROGRAMA DE CURSOS FECS AÑO 2000**

Curso-Taller	Facilitadores	Nº de Horas Docentes	Costo Inscripción Bs.	Fecha
Formulación y Evaluación de Proyectos Sociales con Énfasis en los Resultados (Parte I) (*)	Liliana Godoy Jorge González	24	70.000,00	27 al 31 Marzo
Construcción de Indicadores para la Formulación y Evaluación de Proyectos Sociales	Andrea Pereira	16	60.000,00	10 y 11 Abril
Formulación y Evaluación de Proyectos Sociales con Énfasis en los Resultados (Parte II) (*)	Liliana Godoy Jorge González	24	70.000,00	22 al 26 Mayo
Gerencia de Proyectos Sociales	Miladys Camargo	16	60.000,00	19 y 20 Junio
Formulación y Ejecución del Presupuesto Público	Victor Arrieche	24	70.000,00	17 al 19 Julio
Gerencia de Redes Sociales	Mireya Vargas	24	70.000,00	23 al 25 Octubre

**Inscripciones e información:**

Fundación Escuela de Gerencia Social (FECS): Av. Alfredo Jahn con 5ta. Transversal, Qta. FECS, Los Palos Grandes.  
Teléfonos: 286.28.31 / 32.05/ 25.51. Fax: 286.18.33. E-mail: fecs@ven.net  
Horarios: 8:30 a.m. a 4:30 p.m.

(\*) Estos cursos se dictarán en horario comprendido entre 8:30 a.m. a 12:30 p.m. (Lunes a Viernes)

Cupo limitado. Incluye certificado de asistencia, refrigerios y material de apoyo.

Se ofrecerá un descuento del 10% por inscripción en dos (2) cursos, y de 15% por inscripción en tres (3) cursos

Forma de pago: Mediante tarjeta de crédito o depósito en efectivo a nombre de la Fundación Escuela de Gerencia Social en:  
Banco Provincial: Cuenta de Ahorro N° 030-74135-R/ Banco Industrial de Venezuela: Cuenta de Ahorro N° 1059-0-02385-5.